



LA VOCACIÓN LAICAL

LA VOCACIÓN LAICAL

Un laico es aquel fiel cristiano que no es sacerdote ni religioso. Esta definición negativa, utilizada por el Concilio Vaticano II ¹, sirve como primera aproximación. Pero la vocación laical es algo más que un "no ser". Exige, como las otras vocaciones, la opción vital por unos valores vocacionales determinados que marcarán la vida del llamado. El fundamento de toda vocación son los sacramentos de la iniciación cristiana: el bautismo, la confirmación y la eucaristía. Esto se afirma especialmente de los laicos. Con estos sacramentos, la persona se inicia en el camino de la fe. Hace la opción fundamental de seguir a Jesucristo; queda incorporado a su cuerpo, que es la Iglesia; participa, de este modo, en la triple función sacerdotal-profética-real de Cristo. El Espíritu infunde, además, en los laicos sus dones, para que desempeñen con fidelidad la tarea que les corresponde, tanto en el ámbito de la Iglesia como en el mundo.

Es frecuente que los laicos no tengan conciencia de su propia vocación. Necesitan hacer una opción clara por vivir los valores del evangelio en medio de las realidades del mundo, con la fuerza del Espíritu. Los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son llamados y enviados para que produzcan los mejores frutos². El Espíritu les confiere los dones necesarios que se adecuan a las circunstancias que conforman sus vidas.

La misión del laico se nos presenta con claridad en los documentos de la Iglesia, muy especialmente a partir del Concilio Vaticano II. Un texto clave está en L.G. 31: *El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entrelazada. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad.*

Esta definición se complementa con la que dio Pablo VI en el n. 70 de la *Evangelii Nuntiandi*: *Los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primaria e inmediata no es la institución y desarrollo de la comunidad eclesial -esa es la específica función de los pastores- sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas pero a la vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo de su actividad evangelizadora es el vasto y complejo mundo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento. Cuantos más seglares haya impregnados del evangelio, responsables de estas realidades y clara-mente comprometidos con ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiante, tanto más estas realidades, sin perder ni sacrificar nada de su coeficiente humano, al contra-rio, manifestando una*

¹ Cf. *Lumen Gentium*, n. 41.

² Cf. *Apostolicam Actuositatem*, n. 4.

dimensión trascendente, frecuentemente desconocida- estarán al servicio de la edificación del reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación de Cristo Jesús.

Intentemos hacer una definición breve: Laico es aquel fiel cristiano que ha optado por seguir a Cristo desde las condiciones y compromisos ordinarios de la vida familiar, profesional y social, ejerciendo su apostolado en medio del mundo a la manera de fermento, como la levadura en la masa.

Los laicos, pues, están llamados por Dios para que, desempeñando su propia profesión, guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo desde dentro. Esto se expresa en una palabra: la secularidad. Es propio del laico animar y ordenar las realidades temporales, para que se transformen continuamente según Cristo. Por ello su misión, como parte activa en la vida de la Iglesia, se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad.

La vocación laical es tan importante que, sin ella, la Iglesia perdería su dimensión fundamental: el *ser-para-el-mundo*. Cristo, el Señor, se supo enviado al mundo, para que el mundo tenga vida. Y el Hijo envía constantemente a la Iglesia para que anuncie el Reino de Dios, instaurando ya los valores evangélicos en el mundo presente. Desde este punto de vista es importante señalar que no sólo la vocación laical, sino todas las vocaciones tienen una relación esencial con el mundo actual en el que viven.

Los laicos ponen en práctica, con toda su fuerza, esa dimensión secular de la Iglesia: enviados al mundo para hacer de él un cielo y una tierra nuevos, son signo del amor con que Dios ha creado y sostiene todas las cosas. Son también signo de Cristo, que tomó nuestra condición humana y se comprometió totalmente en la vida de los hombres, en las realidades del mundo.

La vocación laical admite una gran amplitud de formas de vida: la soltería o el celibato; el matrimonio y la vida familiar; la viudez; los diferentes oficios y profesiones; la consagración en institutos seculares, la misión *ad gentes*... Las formas de vida son importantes para ellos porque representan caminos muy concretos para vivir la secularidad.

Así pues, hay que desterrar la idea de que un "laico comprometido" es sólo aquel que está trabajando en la parroquia: da catequesis, proclama las lecturas en la liturgia... Es cierto que estos apostolados son también un deber de los laicos. Pero no el único ni el fundamental. El ejercicio de las actividades políticas, sociales, culturales, económicas, artísticas, profesionales y familiares, es el campo donde el laico debe desempeñar principalmente su función. Son, pues, actividades extra-eclesiales, de cara al mundo al que sirven y al cual quieren transformar. Conviene señalar el papel importante que están llamados a realizar en las estructuras sociales, nacionales e internacionales, defendiendo la libertad, la justicia, la vida, la naturaleza... Todas ellas son de enorme importancia para la Iglesia, porque son un instrumento de primer orden para evangelizar la cultura. Quienes llevan a cabo esta tarea con coherencia y fidelidad, son laicos verdaderamente comprometidos y están viviendo su vocación laical en plenitud.

Además de esto, los laicos tienen también su puesto en el interior de la Iglesia. En ella ejercen diversos oficios y ministerios. En el ámbito de la Palabra, podrán ocuparse de la catequesis y de la educación en la fe, así como de algunas encomiendas propiamente eclesiales, como la predicación o las misiones populares. En el servicio de la caridad, apoyando a las instituciones de acción social o de promoción de las personas y obras de caridad; también colaborando en la administración de los bienes de la Iglesia. En la liturgia, podrán ejercer los ministerios laicales de lectores y acólitos, organizar las celebraciones desde las comisiones de liturgia, ser ministros extraordinarios de la comunión... Parece importante también que los laicos colaboren en los diversos organismos eclesiales, como son el consejo pastoral, el consejo de asuntos económicos, comisiones de liturgia, organismos diocesanos, etc., de tal manera que desempeñen esas funciones que les son propias desde su preparación, experiencia o conocimiento.

Los ministerios laicales son siempre sectoriales y temporales, precisamente para que los laicos no descuiden sus tareas seculares. Estas tareas intra-eclesiales deberán ser la manifestación comunitaria de una respuesta viva al llamado de Dios en medio de las realidades temporales, en el esfuerzo diario por hacer de este mundo un mundo mejor.